

mucho tiempo á qué atenerse. Si es así, mucho me admiro de que se exponga á una derrota acostumbrada y cierta.

— Te olvidas de que hace ya algún tiempo rehuía una entrevista, y que si ha ido á casa de Domenil ha sido casi á la fuerza, y con la esperanza de que ésta le guardaría el secreto, seducida por su generosidad. A nadie se lo ha dicho más que á mí.

— Entonces ¿por qué se ha manifestado al principio un amante tan tierno, y por qué le ha hecho concebir unas esperanzas que eran irrealizables?

— Porque quizás él mismo conserva una vaga esperanza hasta el último momento. Cree que de el deseo que provoca en nosotras, va á nacer el deseo de él.

Había sido informado de todo cuanto quería saber, y me despedí de Lina.

XXVIII

Al fin había descubierto el movil del crimen. ¿De qué manera había yo llegado á concebir mis primeras sospechas, que me habían permitido seguir el buen camino? Si me hubiese encontrado delante de uno de esos hombres imberbes, de rostro terso y atiplada voz, que miran á las mujeres de reojo, huyendo su trato y hasta el de hablar de ellas, naturalmente me habrían ocurrido estas suposiciones. Pero el Conde tenía todas las apariencias de completa virilidad,

era marido de una verdadera mujer, sin que por esto desdeñase las de los demás, y hablaba al mismo tiempo de sus numerosos amores con verdadera fruición.

Pues bien; precisamente sus baladronadas y su jactancia era lo que me había dado la voz de alerta. Siempre he desconfiado de los muy habladores, y creo en el proverbio que dice : « perro ladrador, nunca es mordedor, » y tengo para mí que todo hombre afortunado es modesto. Por lo regular suele uno vanagloriarse de lo que no ha hecho ó de lo que se teme no poder hacer.

Por otra parte ¿cómo era posible que el marido de una mujer joven, bella, de buena salud con quién se había casado por amor hacía dos años solamente, pudiese ocuparse de otras mujeres distintas de la suya? Evidentemente se ocupaba de ellas más bien por el público que por su propia cuenta. Timido y asustadizo por lo que le faltaba, y creyendo siempre que pudieran

conocer su debilidad, trataba de engañar al mundo haciéndole escuchar sus aventuras amorosas.

Estos fueron mis primeros razonamientos que como se ve eran puramente fisiológicos. Una frase escapada á la Condesa vino á fortalecerlos.

A su vuelta de París, en el mes de Enero último, había dicho á Gaston de B... que se iba haciendo exigente : *¿A que conduciría eso? Todos los hombres se parecen.* En el momento me ocurrió que aquellas palabras habían sido pronunciadas recordando su desgraciada aventura conmigo, y debían herirme : lo mismo que el Conde, me sentía inútil cuando se trataba de su mujer, por más que mi conciencia estuviese tranquila en este punto. ¡Todos los hombres se parecen! es decir, el segundo no vale más que el primero; este primero, que era el marido, no valía nada, luego el segundo nada valía tampoco.

Establecido este punto, debí preguntarme

si era admisible que la mujer de un hombre tan bien dotado, al parecer, como el conde X... podía tener motivos para quejarse. He dicho en las primeras páginas de este estudio que, á pesar de mi ociosa existencia, me había siempre ocupado de las ciencias y el arte, y el interés que me habían inspirado algunas cuestiones médicas me iba á servir aquí de mucha ayuda. Me acordaba de los trabajos de Tardieu, de Descourtils, de Andrieux, de Lorain, de Roubaud, y vine á deducir con ellos que en cuestión de virilidad engañan muy á menudo las apariencias, pudiéndose á primera vista inspirar gran confianza pareciendo de los más valientes, y, sin embargo, no tener ninguna energía y estar privado de todas las condiciones que constituyen un buen marido. Sus obras, llenas de ejemplos adquiridos en una larga experiencia, se convertían en magníficos defensores del divorcio, y esta era la razón que había habido para que despertaran mi interés.

Escudado con la opinión de estos sabios, autorizado por ellos, por decirlo así para dudar del conde de X..., á pesar de su juventud y de su estructura, quise adquirir una seguridad y me dirigí á Domenil.

Ya sabía á qué atenerme; podía descubrir el misterio que tanto embargaba mi imaginación hacía seis meses.

La que más tarde había de llamarse la condesa de X... y en su familia se llamaba simplemente Gabriela, es ya á los veinte años una hermosa joven completamente desarrollada, llena de fuerza y de energía. Convencida su madre de que para ser feliz en el hogar doméstico, es necesario que la mujer y el marido estén bien desarrollados, no solamente bajo el punto de vista intelectual, sino también físico: busca y cree haber encontrado el esposo que ella soñaba para su muy amada hija. Se lo entrega, y Gabriela confiada lo acepta, con segreta alegría, porque su prometido es un buen mozo y su madre ha hecho una dichosa elección.

Concluyen las ceremonias oficiales. Ambos esposos penetran en la cámara nupcial: el uno va temeroso y trémulo, porque sabe á qué atenerse y duda de sí mismo; la otra, tímida y pudorosa, desea, sin embargo, conocer el porvenir.

El se acerca, la abraza, y ella encuentra deliciosos aquellos primeros besos. La estrecha entre sus brazos, haciéndola desvanecerse por una dicha infinita.

¿Qué va á suceder ahora? Su instinto de mujer la dice que solamente han murmurado á su oído las palabras del amor, y que la frase no está aún concluída. Presta oído atento, y, sin embargo, no se continúa, porque se han parado en el principio, y ella no aprende nada nuevo.

Transcurren algunas semanas, esperando siempre, y no solamente espera, sino que también desea, conociendo aproximadamente, cuál es su deseo, porque su espíritu se ha iluminado á medida que se agrandaba su amor y se despertaban sus sentidos.

El también, por su parte, espera también, porque un hombre de ciencia, un especialista á quien ha consultado, le ha dicho: « No tenéis ningún vicio de conformación. Estáis bajo la influencia de una de las muchas formas de las neurosis. Podéis curar, » y naturalmente se ha dejado convencer, puesto que, sin duda, en otra época ha tenido sus hermosos días; que cesaron de brillar precisamente á consecuencia de uno de esos accidentes que provocan aquella: tales como una viva emoción, una conmoción cerebral, alguna larga enfermedad y también los excesos.

¿Cómo no había de volver á su primitiva robustez y cómo no había de volver á hallar sus primeros ardores al lado de una hermosa mujer que adora, con la que se ha casado precisamente porque estaba persuadido de que ésta le transformaría?

Por esta misma razón se muestra más tierno y más apasionado que nunca, teniendo con ella una generosidad extremada: le

da todo cuanto puede darle hasta saciarla, y le hace gustar todos los refinamientos del amor. Vive en el lujo, y aunque posee lo superfluo, carece de lo necesario. Llena de salud y equilibrada la materia con el espíritu, le hace falta un régimen más nutritivo. Enflaquece, sufre, se irrita y viene, digámoslo así, á ser atacada de neurosis; pero neurosis activa que está por lo tanto en oposición con la neurosis pasiva de su marido, que espera todavía con poca esperanza, en lo cual hace muy mal.

En todas las enfermedades en que se interesan los nervios hace la imaginación un gran papel y no basta esperar para curarse, es preciso estar persuadido de que se curará: ¿podía él tener esta persuasión? Las caídas y las recaídas que está dando sin cesar han turbado su espíritu: tiene tal miedo de caer hoy, que es seguro que caerá siempre.

El tiempo pasa: su neurosis no disminuye, y la de su mujer, por el contrario, aumen-

ta, porque ahora conoce la causa del mal que padece y llega á quejarse de haber sido engañada.

El está desesperado, humillado; para salvar su amor propio, defender su honor, dice que es víctima de una aberración de la naturaleza, de un caso que no podía preverse porque en otra época no dejaba nada que desear; y queriendo convencerla á cualquier precio, cuenta sus pasados amores, nombra á sus queridas y enuñera sus conquistas. Si no temiera que se le acusara de exageración, sería muy capaz de presentar á su mujer una docena de muchachos sosteniendo que son de él.

Ella está todavía enamorada, á pesar de todo, y sonríe de una manera discreta y triste, aunque su sonrisa poco á poco se hace irónica.

A medida que le parece le creen unos, se esfuerza más en aparecer como un héroe retrospectivo. Con frecuencia es hablador, fanfarrón y de mal gusto, hasta llegar á

impertinente. Un día pasó delante de la casa de Lareine, acompañando á su mujer, que le dice: « ¡Calla! Esa casa no se parece á las demás. ¿ Es palacio, ó casa particular? » Y en el momento, no teme decirle en secreto que aquello es un asilo amoroso, confesando al mismo tiempo, que durante su vida de soltero se ha de permitir ir alguna vez á esos lugares en que está desterrado el corazón; pero en los que los hombres de temperamento ardiente como el suyo encuentran un calmante.

Ella le escucha bañada en rubor la mejilla, mientras que su mente, enferma quizás, murmura: « Y nosotras las mujeres, ¿ dónde le encontramos? »

Sobreexcitados siempre sus nervios, y nunca apaciguados, provocan una enfermedad constante, una irritación latente, tristezas inmotivadas, que repentinamente se convierten en llanto ó en cólera. Ella no es ya ella. ¡Ah! « Que tome un amante, » es oigo decir. Pero, ¿ dónde está ese amante?

¿ Dónde encontrarlo? ¿ Creéis acaso que su marido no vela por ella?

A medida que se considera más imperfecto se hace más celoso, temiendo que su mujer encuentre en otro lo que él no puede darle y la condena á la intimidad conyugal.

Tener un amante, significa reflexion y premeditación. ¿ Acaso es ella mujer que pueda raciocinar sobre el mal? Su corazón está sano todavía, y únicamente el espíritu es lo que está trastornado. Tener un amante es distinguir á una persona, escoger, amar, y ella no piensa en enamorarse de un hombre: lo que ella siente es amor de hombre.

Lo que en seguida ha sucedido lo adivino como si lo hubiera visto.

Una noche de fiebre en que llegó al paroxismo de la excitación, loca y desesperada, recuerda repentinamente aquel asilo amoroso, aquella casa que tanto había ponderado el marido, y exclama... mejor dicho, ni dice nada ni piensa en nada.

Delirante, loca, se pone un manto y sale;

camina de prisa para calmar su hirviente sangre, y la casualidad la lleva delante de aquella casa en que penetra inconscientemente sin que pueda ser responsable de sus actos.

Cuando Lareine ha empezado á hablarle, un rayo de luz la despierta y no puede huir porque ya estaba encerrada.

Entonces me he aparecido yo y me he aproximado hacia ella. Aún la estoy viendo y la veré siempre horrorizada por el espanto, huir al extremo del cuarto para salvarse.

Lucha, implora y suplica; pero yo no tengo compasión, la estrecho entre mis brazos, y también suplico. Su sobreexcitación y su fiebre, que se habían calmado un instante por el miedo del momento, vuelven á torturarla y cede.

Pero el fin es lo único que ella quiere, porque los medios los conoce demasiado; no es de mis besos de lo que ella está ávida, al contrario, éstos le causan horror, puesto que no me ama. Por esto, su boca per-

manece cerrada y están sus labios inertes.

Aquella frialdad me hiela; y por una vez, por accidente, me porto como su marido se portaba siempre y seguirá portándose. Se marcha, abandona á París ocultándose muy lejos, y aunque se arrepiente y sufre, empieza á odiar á aquel inútil marido, causa primera é instigador del crimen de que ha sido cómplice, que la obliga á avergonzarse en lo íntimo del corazón.

Ya no podrá amarle nunca aunque le diga que todavía espera; huye de él y rechaza con horror sus peligrosas y funestas caricias.

Su partido está tomado, jamás conocerá esa última palabra de amor que no saben decirle, y aunque está casada, vivirá como viuda, ó mejor dicho, como soltera, que es como se ha quedado.

Curará sus nervios con paseos, fatigas, y llegará hasta la maceración si es preciso. Corre, monta á caballo, caza, sube á altas montañas, y mata á la bestia que dentro de

ella batalla sordamente. Esa es su vida, eso es lo que ha hecho. ¡Perdonadla! yo no puedo ser su juez: la amo.

¿Me corresponde? ¿llegará á amarme? Esta es al presente la única cuestión que me queda por resolver.

XXIX

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 25 MONTERREY, MEXICO

Ha llegado Setiembre, y la mayor parte de los bañistas se han marchado. En Luchón quedan solamente los enfermos recalcitrantes, los viajeros que se aprovechan de la rebaja de precios en esta época del año, y algunos apasionados de la montaña que no tienen bastante valor para abandonarla.

Siendo la Condesa una de estas apasionadas, no piensa en marcharse, y dicho se está que yo lo pienso menos que ella. Mi vida se pasa á su lado al aire libre sobre